

Hombres, ideas y libros

El año literario

EL año 1926 se ha caracterizado por un acentuado predominio de las obras de investigación, ya en el dominio de la historia, ya en el de la sociología, ya en el de crítica. Los libros de Galdames, Cruz, Amunátegui, Cabero, etc., tal vez los más importantes del año, son la prueba de lo que decimos. Las obras puramente imaginativas, literarias y poéticas, han sido más escasas en número y sólo algunas, muy pocas, de sobresaliente calidad.

Obras en verso.— Un autor nuevo, Recaredo Borja, abrió los fuegos en Febrero con un «Anfora de barro» de dibujo menguado y de colorido nulo. Pésimo ensayo. El silencio en que ha permanecido su nombre es su mejor recompensa.

Poco más tarde se publicó la tercera edición del libro de Gabriela Mistral, «Desolación». Nada nuevo podemos decir de este acontecimiento literario que desde su primer aparición ha servido para asentar de manera tan sólida el prestigio de su autora. La nueva edición se ha presentado con algunas variantes cuyo análisis serviría para avanzar más de un interesante juicio sobre Gabriela Mistral. En efecto, su expresión tiende a concentrarse, a hacerse más precisa.

Un poeta de los que forman en el grupo de Pablo Neruda, Rosamel del Valle, publicó su primer volumen, «Mirador». Intentaba hacer poesía deshumanizada. No lo ha conseguido. Estos jóvenes escritores han creído hallar el camino del nuevo

arte en un simple olvido de la gramática, de la retórica, del arte de escribir en su forma antigua. Nos parece errado el camino.

Poco después Díaz Casanueva le siguió con su «Aventurero de Saba», libro cuajado de bellos hallazgos expresivos, de imágenes novedosísimas, pero también inconexo y desordenado hasta la exageración y el ridículo. Pero sea como fuere, Díaz Casanueva ha probado con este libro que es un poeta de primera fuerza, del cual podemos esperar muchos y muy buenos poemas, sean o no deshumanizados.

Carlos Préndez Saldías hizo sonar luego la nota más distinta con su «Devocionario romántico». Nada más ajeno a nuestros días que esta poesía quejumbrosa y de tono menor, en la cual hay lágrimas, languideces y bazarrias. Pero poesía de buena ley, al fin y al cabo.

Don Javier Vial Solar nos probó más adelante que el drama en verso no había pasado por entero a la historia literaria, junto con la epopeya y el poema didáctico. «La muerte del ideal», drama versificado con escasa pericia, pretende ser una continuación del Quijote. El propósito arqueológico no fué bien cumplido; ¿qué podremos decir del propósito artístico, si había alguno?

Un poeta nuevo, Juan J. Hidalgo, recopiló en «Aldea» los primeros poemas de su adolescencia y juventud provincianas. Hay influencias visibles; hay lugares comunes que no podrían faltar en una obra primeriza. El autor parece ser un poeta al cual faltan cultivo y buen gusto. ¿Los tendrá algún día?

Otro tanto cabe decir de un romántico cantor de la muerte y de la carroña, Hernán Jaramillo, que con su libro «Excelsior» dió bastante que hablar a la crítica. Se trata de un poeta vigoroso, que canta como poseído por un febril entusiasmo. Le interesan los grandes problemas: la vida, la muerte, el univer-

so, el sexo o el amor. Sus versos tienen una resonancia marchita como de instrumento desafinado. ¿Es un poeta? Lo parece, al menos; esperamos que en otro libro nos lo pruebe con alguna certeza.

Eduardo Solar Correa, que no es poeta o que no ha hecho nada por demostrarlo, dió a la publicidad una magnífica antología titulada «Poetas de Hispano-América», en la cual reunió composiciones de los poetas más destacados, a su juicio, del continente. Hizo un trabajo concienzudo de información y crítica, muy preciso y valioso para el que anhele buenas y breves noticias. Es una de las iniciativas más plausibles del año.

«Icono» tituló un joven Letelier Maturana su primer cuadernillo de versos. Versos breves, inconexos y poco expresivos. Se leen y se olvidan. Es lo mejor.

Pedro Prado hizo una selección de los «Mejores poemas» de Magallanes Moure, su entrañable amigo muerto en hora prematura. En las páginas de este volumen figura lo mejor de la obra breve y exquisita de Magallanes, precedido de un prólogo de Prado que es un verdadero acierto de crítica.

Con motivo del séptimo centenario del fallecimiento de San Francisco, Augusto Iglesias publicó un libro lírico con el nombre del santo. Son versos que no agregan nada o casi nada al prestigio de su autor.

Al fin del año ha sido publicado un sólido libro lírico. Su autor, Samuel A. Lillo; su título, «Bajo la Cruz del Sur». En las páginas de esta obra reúne el cantor de Arauco varios extensos poemas narrativos y épicos. Es la misma robusta entonación de sus libros anteriores y la misma visión de grandeza y de heroísmo en la selva aborígen o en los archipiélagos del sur, ya cantada en muchos versos por el mismo poeta. En tiempos de poesía deshilachada, menuda y fina como garúa, esta poesía de tambor baliente es un oasis y un... anacronismo.

No nos entusiasma, es claro, pero no podemos negarle condiciones de primer orden.

Obras en prosa.—Hemos dicho que el año ha sido poco propicio para las obras de pura literatura. La producción ha sido más abundante en los ramos serios, de investigación y de estudio, que en los de imaginación.

Abrió el fuego el Rector de la Universidad de Concepción, don Enrique Molina, con un voluminoso estudio sobre «Dos filósofos contemporáneos». Es un libro que tiene puntos de vista del mayor interés para el estudiante de filosofía. Guyau y Bergson, que son los dos filósofos analizados, poseen una actualidad duradera que los hace ser temas muy gratos para el investigador y el crítico.

El presbítero don Nataniel Eastman editó un breve libro sobre «Portales». Nada de nuevo. El mismo elogio, las mismas anécdotas, contadas en un estilo incorrecto. El señor Eastman debería escribir en el idioma de sus antepasados. El castellano es una lengua difícilísima para él.

Ana Neves publicó dos libros. Uno diminuto, titulado «Sutilzas», otro de mayor talla, «Más fuerte que la sangre». El primero es de confesiones íntimas. No vale nada. Las mujeres son las que deberían contar cosas más interesantes de su intimidad, pero no saben hacerlo. El segundo libro es un drama lleno de gritos pasionales, con un fondo siniestro de tragedia a lo Tárrego y Mateos. No agrada pero sorprende. Es raro que una mujer toque asuntos tan penosos y difíciles.

Eugenio Orrego Vicuña, actualmente en el extranjero en misión diplomática, hizo editar un estudio titulado «Un canciller de la Revolución». En este libro reivindica la memoria de don Manuel María Aldunate Solar. Interesante y bien tratado.

El doctor Torres, diputado, publicó un libro de utilidad in-

mena para las mujeres: «Cómo tener y criar hijos sanos y robustos». Sencillo y claro, este libro es un guía inapreciable para llevar a las mujeres hacia la maternidad sin sufrimientos y sin peligros. Divulga nociones de higiene y de puericultura elementales y trata de conquistar con un lenguaje sin galas de retórica y sin tecnicismos. Admirable.

Don Pedro N. Cruz, notario que en sus momentos desocupados es un formidable crítico literario, comienza a recopilar en libros sus «Estudios sobre la literatura chilena». El primer volumen, publicado en 1926, reúne artículos sobre Lastarria, Vicuña Mackenna, Bilbao, Barros Arana, etc. Es un libro violento, apasionado, injusto, cruel y negativo. Sería imposible negarle talento; inútil, tratar de quitarle importancia. Pero, tal vez por efecto de sus mismas intransigencias y agresividades, no produce la consecuencia buscada, que es disminuir el entusiasmo que se siente en Chile por las grandes figuras literarias del pasado.

El teniente don J. M. Varas Calvo publicó «Mi visión», breve conjunto de impresiones literarias con aire de cuento, sobre la vida del vivac y del cuartel. Insuficientes. El autor tiene algunas condiciones. Le faltan mucho estudio y mucho cultivo, y seguramente la vida militar no le permitirá nunca dedicarse a adquirirlos.

Dos talentosos hombres de estudio, don Julio Schwarzenberg y don Arturo Mutizábal, publicaron, con motivo del centenario de Chiloé, una voluminosa «Monografía» del archipiélago. Es una obra muy importante, en la cual hay datos de toda clase sobre uno de los territorios más pintorescos del país. Para una próxima edición, que es de esperar venga pronto, no deben olvidar los autores reemplazar algunos de los retratos que se incluyen en la obra por un buen mapa de la región estudiada. Esto facilitará grandemente la consulta del trabajo.

Otro escritor militar, el capitán de navío Carlos Bowen, publicó un libro titulado «Del mar y de la costa». Son cuentos,

en su mayoría premiados en certámenes. Como todas las obras literarias premiadas, convencen de los pésimos efectos de los concursos.

Don Guillermo Viviani, inteligente y bien informado presbítero, publicó el primer tomo de una serie titulada «Sociología chilena». Es un libro de lenguaje incorrecto en que se analiza con alguna hondura el estado actual de la sociedad de Chile.

Una de las obras literarias más importantes del año es el libro de Jenaro Prieto titulado «Un muerto de mal criterio», especie de fantasía jocosa, con ribetes de novela, con alcances de diatriba y con una cantidad enorme de condiciones de primer orden. Primer libro estructurado de un escritor acostumbrado al esfuerzo fragmentario del periodismo, no es extraño que se resienta de algunas deficiencias. Pero es un primer paso que nos demuestra la buena calidad del talento de su autor y que nos hace augurar de él muchos y muy buenos libros literarios.

Mariano Latorre publicó una selección de sus cuentos que dió origen a una polémica disimulada. En ella se vertieron opiniones en pro y en contra de la literatura de Latorre, y no se llegó, como en todas las polémicas, a ninguna conclusión.

Pablo Neruda, la más interesante figura literaria que ofrece la juventud chilena, sin lugar a dudas, publicó un cuento, «El habitante y su esperanza», escrito en el nuevo estilo literario que poco a poco va ganando todos los ambientes del mundo intelectual. Este breve libro es una maravilla de sutileza y de fuerza expresiva y ha servido para convertir a los nuevos módulos artísticos a muchos reacios y recalcitrantes.

Más tarde el mismo Neruda, en colaboración con Tomás Lago, publicó «Anillos». Es un conjunto de prosas llenas de las mejores calidades estéticas, que sorprenden y entusiasman con una música y un sabor nuevos. Es un ritmo distinto del usual, es una visión que ofrece otra perspectiva, es—¿por qué

no decirlo?—un mundo muy distinto de este en que nos movemos, única cantera, hasta ahora, del arte. Neruda y Lago abandonan la vieja veta, agotada ya, para ellos, y se lanzan hacia lo desconocido a perseguir otros metales y otros tesoros.

Fernando Santivián reeditó su novela «El crisol», ya aplaudida por la crítica en 1913, cuando apareció la primera edición.

El discutido Vicente Huidobro lanzó, a los pocos días de partir de nuevo en viaje a Europa, un libro agresivo, valiente, sincero y audaz. Su título, «Vientos contrarios». En sus páginas hallamos pensamientos interesantes, observaciones que sorprenden, imágenes que logran despertar entusiasmo. El conjunto es desigual.

La secretaria del Club de Señoras, Berta Lastarria Cavero, publicó en un volumen unas cuantas de las conferencias que se han pronunciado en la tribuna de la institución. Hay en ese libro trabajos de muy distinto valor intelectual. Pero es, sin duda alguna, una buena demostración de la obra de divulgación espiritual y de acercamiento americano que prohija el Club.

A los pocos meses de la muerte de Federico Gana, Nascimento lanzó una edición de «Cuentos completos» del autor de «Días de campo». Es un tomo relativamente breve pero sustancioso, de la más alta calidad estética. Leyéndolo, aprendemos a querer más a un pobre espíritu de artista que paseó la vida, alegre y trágicamente al mismo tiempo, y que extrajo de ella unos cuantos aspectos escogidos. Con ellos forjó sus cuentos, finos y delicados a la vez que veraces.

Un profesor de instrucción secundaria que ha desarrollado una intensa labor intelectual, don Luis Galdames, ha comenzado a publicar una obra monumental sobre «La evolución constitucional de Chile» desde 1810 hasta 1925. En el primer volumen el señor Galdames analiza la vida chilena, desde el punto de vista constitucional, hasta 1833. Es un trabajo de largo

aliento para el cual su autor se halla excepcionalmente bien preparado. Profesor de historia, le son familiares todos los trabajos anteriores sobre la materia. Abogado, puede hacer el estudio profundo de las ideas realizadas por las constituciones sucesivas del país y discriminar en ellas orígenes y consecuencias sociales.

Daniel de la Vega, el infatigable poeta y periodista, ha editado un breve volumen en que se nos ofrecen unas cuantas de sus crónicas de *El Mercurio*. «Manzana prohibida» es un libro que se lee de un sorbo, apresuradamente, como todos los del autor. La gracia retozona, la livianura poética, la soltura del ingenio, hacen de las obras de este escritor un manjar deleitoso y siempre renovado.

Dos libros sobre Chuquicamata. Uno que se ocupa más en exponer los procedimientos de elaboración del metal que en pintar la vida de los trabajadores; otro que declama con entusiasmo y casi con frenesí sobre la existencia dura e incierta del empleado y del obrero de la empresa explotadora. El primero, «Chuquicamata: tierras rojas», es obra de Eulogio Gutiérrez; el segundo, «Chuquicamata estado yankee», lo es de Ricardo A. Latcham.

Marta Brunet nos dió en su «Bestia dañina» una tragedia desolada y amarguísima. Sus personajes son gentes del pueblo y obedecen a sentimientos primitivos que los mueven como autómatas. Escrita con la soltura que siempre hemos admirado en la autora, tan joven, aparentemente incapaz de atreverse con un tema grande y con una realización acabada, esta breve obra tiene un corte teatral que permite esperar buenos frutos de una nueva actividad de Marta Brunet: la escénica.

Don Domingo Amunátegui Solar publicó un volumen sobre «Las letras chilenas», en el cual hace la historia sucinta del desarrollo intelectual de Chile. Bien informado, preciso, es una obra digna de mención y cuya utilidad es innegable.

Un cuentista nuevo que se oculta bajo un seudónimo híbrido de griego y de araucano, Hermes Nahuel, ha publicado una colección de cuentos titulada «Esclavos». En ella aparecen algunas condiciones poco cultivadas.

Carlos Acuña, después de varios años de silencio, ha reaparecido tratando la nota campesina en un libro de relatos titulado «Mingaco». Son breves pasajes de la vida en plena naturaleza, bajo el cielo claro del campo, junto al pueblo robusto y sufrido. Aire, luz, olor de retamas y de flor de espino no faltan en estos cuentos. Tampoco faltan vientos marinos, galopes e idilios más o menos castos. Escrito con cierta incorrección, es un libro que sostiene el prestigio de su autor.

Al fin del año, el general en retiro don Juan Bennett refiere en su «Revolución del 5 de Septiembre de 1924» algunos recuerdos personales de su actuación en la Junta de Gobierno que lomó el gobierno a raíz de ese movimiento. Es un relato ameno, sin pretensiones literarias, que se lee con agrado y que convence.

El último día del año ha aparecido un estudio sobre «Chile y los chilenos» suscrito por un nuevo escritor sociológico, el abogado don Alberto Cabero. El señor Cabero analiza menudamente los aspectos culminantes de la raza chilena y de la vida nacional y señala con singular acuidad de visión los defectos fundamentales que en ambas nota. Es una obra que merece ser considerada con el mayor detenimiento y de la cual nos ocuparemos más ampliamente en una ocasión próxima.

Una bella iniciativa.—No podemos terminar sin referirnos a la labor realizada durante el año por las ediciones llamadas «Lectura selecta» que en veinte números nos presentaron novelas cortas de los escritores nacionales contemporáneos. Los nombres de Marta Brunet, Mariano Latorre, Rafael Frontaura, Manuel Rojas, Rafael Maluenda, etc., aparecieron allí. Esperamos que en 1927 se prosiga una obra digna de todo encomio y de la más entusiasta ayuda.

RAÚL SILVA CASTRO.